

727
rador y se encontraba en Querétaro, donde llegaba después de haber intrigado en el campamento de Porfirio Díaz, donde también buscó apoyo para la solicitud de indulto del archiduque.

La princesa veía acercarse el postrer momento del emperador.

Era el 18 de Junio, víspera de la ejecución, y nada se había conseguido, sino la certeza de que Juárez no perdonaría á Maximiliano.

La princesa tenía instrucciones para gastar cuantas sumas fuesen necesarias para poner en salvo al archiduque; era el agente principal, y la empresa estaba en las únicas manos en que el éxito podía ser favorable.

La afligida princesa tocaba el último resorte: los tres días de plazo puestos por el gobierno, espiraban.

El emperador había arreglado todos sus negocios; las cartas que la princesa le había enviado por conducto de Guadalupe, llevaban la noticia de la muerte de Carlota.

Ignoramos con qué objeto se hizo circular como cierta esta noticia.

Maximiliano lloró á su desventurada esposa creyéndola muerta, y esta pesadumbre le dió acaso más valor para sufrir el último y doloroso trance.

Maximiliano dejaba tras sí una familia ingrata, es decir, no dejaba nada.

Guadalupe supo que al recibir el archiduque la correspondencia de la Salm-Salm, había llorado amargamente.

La hermana del guerrillero confirmó sus celos, creyó que aquellos pañuelos encerraban una despedida, y maldijo á aquella muger que acaso le arrebataba los últimos pensamientos del hombre de su amor.

Tenia celos de un cadáver.

De Maximiliano
Me pides compunctiones.
Se necesita enviar al virrey del Perú
y filibusteros en la Sonora, como Walker en Nicaragua.
Sí, yo solo importuve hasta II. El embajador tuvo dificultad
—Vestido a sueldo con Pablo Martínez nos servía de la fuerza, como
—Sirvieron a sueldo de ese gobernante, que no solamente a ese gobernante,
—La princesa hizo la última tentativa: se dirigió á la casa alojamiento de
Pablo Martínez, que era uno de los custodios de Maximiliano, después de
haber intentado infructuosamente corromper la fidelidad del coronel Palacio,
ofreciéndole doscientos mil pesos por proteger la fuga de Maximiliano,
oferta que rechazó el honrado militar como una ofensa á su patriotismo.

Pablo Martínez estaba profundamente emocionado: al tocar el ala oscura de la venganza se sentía desfallecer; porque el emperador, si bien ha-

Concluida la defensa la guardia dio salir á Mejía del teatro.

Inmediatamente introdujo la señora en su cuarto una botina con la que se sentó en un sillón de estrado.

Cada indicación daba con su movimiento oceánico brillante.

Yo por lo demás impetuoso.

Este asesinato es de la más alta importancia, porque se impone la muerte de este jefe de la revolución, que es el que más daño ha hecho.

Terminó pidiendo otra silla la que se mantuvo.

Lentamente se encogió por todo lo más simple del vestido su traje.

Desistió por completo, como si se diera de la mejor voluntad de la muerte.

Perdió las ideas, que dejó caer al suelo.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO.

La princesa Salm-Salm.

Apelaron á todo.

Y abominó de la bestia que le devolvía la vida.

La princesa es una joven alta, esbelta, bien formada; su cuerpo tiene un aire de elegancia y de distinción muy pronunciado. Su tez lleva el color del ámbar, sus ojos son grandes y color de verde mar, su boca no es muy pequeña pero es sumamente graciosa, y la dentadura admirable.

La princesa tiene la frente grande y despejada, y hay en aquella mirada y en todas las actitudes, una manifestación de viveza y talento incontrastables.

La princesa tendrá veintiseis años.

Arrojada, valiente, generosa, dotada de una alma grande, ha nacido para combatir; aquella muger es el génio del peligro, todo lo abarca, todo lo comprende, es incisiva.

Se había propuesto salvar al emperador, y trabajaba con empeño y asiduidad incansables.

¡Pobre jóven! luchar con el destino es la locura.

El viejo marido de la princesa alentaba el entusiasmo de la joven, porque el príncipe amaba tiernamente á Maximiliano.

La princesa había recogido datos en la capital sobre Clara y Guadalupe por conducto de un oficial austriaco que estaba en los secretos del empe-

hia engañado á su hermana; al menos no se había atrevido á profanar su pureza, ni había abusado de su alta posición para seducirla.

Pablo no tenía que vengar nada, porque hasta en la ocultación del rango y nombre del emperador, existía un fondo de honradez.

El guerrillero le cobró afecto al desgraciado monarca, e insensiblemente tuvo simpatía ante un infarto tan grande.

Pablo Martínez dormía, porque le tocaba la última guardia, hasta entregar á Maximiliano á la justicia.

La princesa se encontró con don Serafín, que educado en la alta sociedad mexicana, la recibió de una manera galante.

— Señora, en qué puedo serviros, dijo el dandy en lengua inglesa, que era el idioma de la Salm Salm.

— Caballero, me felicito de encontrar una persona distinguida con quien hablar.

Don Serafín hizo una reverencia.

— ¡Vos sois el amigo de corazón del teniente coronel Martínez?

— Servidor vuestro, señora.

— Me conocéis?

— Quién puede ignorar el nombre de la señora princesa.

— Bien, vos sois un hombre de corazón y vengo á traeros mi secreto, á pediros el favor mas grande que podéis hacer y que durante vuestra vida no volverá mas a ofrecerse.

— Estoy á vuestras órdenes.

— No hay tiempo que perder, y sere breve.

— Hablad, señora.

— Se necesita salvar la vida del mas desgraciado de los monarcas.

— De Maximiliano?

— Me habeis comprendido.

— Señora, yo soy impotente para una empresa tan difícil.

— Vuestra amistad con Pablo Martínez nos servirá para este trámite.

— Señora, vos no conocéis á ese hombre, tiene un corazón de roca; además, que desconfiaría de mí, de su mayor amigo, al aventurar una sola palabra.

— Pues la aventurareis, caballero, dijo la Salm Salm tomando una mano de don Serafín.

Don Serafín se estremeció: hacia mucho tiempo que una mano delicada no se tocaba con la suya.

— La direis, no es verdad?..., yo necesito esa palabra.

En ese momento Pablo Martínez se dejó ver en el aposento.

— La señora princesa desea hablar contigo para un asunto de sumo interés.

— No sé, dijo el guerrillero, en qué pueda servir á esta señora.

— Caballero, dijo la princesa á don Serafín, dejadnos solos.

El dandy saludó á la Salm Salm, y se retiró.

Quedóse un momento la joven viendo tenazmente al guerrillero, que cruzado de brazos permanecía esperando que hablase la princesa.

— Hay un hombre, dijo al fin la dama, cuya vida me interesa, y á la Europa y al mundo entero.

— Y bien?

— El hombre de que os hablo, se llama Maximiliano de Hapsburgo.

— No quiero ser descortés con una señora, pero la presencia de usted me compromete, me hace sospechoso á los ojos de mis compañeros; ruego á usted deje esta casa.

— Pablo Martínez, tu eres un hombre rudo; pero á fuerza de estar entre todos los hombres de capacidad y de instrucción, que han abandonado sus bufetes y despachos para lanzarse á la revolución, estás al tanto de cosas que antes no se te alcanzaban, porque la propaganda de la palabra ha sido acaso mas terrible que el estrago de las armas; tus gafes mas bien son oradores que soldados; ellos han infiltrado desde la tribuna todas las ideas que han germinado en el corazón del pueblo, y dado el triunfo á la idea grande de la independencia.

— Es verdad, señora, es verdad.

— Tú sabes que el emperador debe morir, como el conde Raousset y Crab filibusteros en la Sonora, como Walker en Nicaragua, como Narciso López en la Isla de Cuba.

— Sí, yo sé que todos ellos han asaltado una nación, y que han muerto como piratas.

— Se te habrá dicho que al archiduque se le ha condenado á muerte como á un usurpador, cómplice de Bonaparte en los horribles asesinatos perpetrados por el ejército intervencionista en su nombre; autor de la circular de 3 de octubre en que se decretaba el exterminio de los republicanos; reo de insistencia después de las juntas de Orizaba y Méjico; asesino de Arteaga y Salazar, á quienes se les aplicó el fatal decreto antes de publicarse en Michoacán; reo de lesa nacionalidad, convicto ante el tribunal del siglo y de las libertades!

—Sí, todo eso es verdad, dijo Pablo influido por las palabras febres de la princesa.

—Pues bien, no e he ocultado nada de esos terribles cargos que pesan sobre el emperador; pero tú ignoras que él no ha obrado por sí, sino a impulso y bajo la influencia de Napoleón; que es inocente, que ama á México como vosotros, y que ahora lo que desea es alejarse para siempre de las playas mexicanas.

—Yo sé, señora, que el país está lleno de tumbas; que todos los amigos y compañeros han desaparecido bajo el gobierno de Maximiliano; que frente á Querétaro han derramado su sangre los gefes mas queridos; ahí está esa gasa enlutada que llevo aún, señora; las balas del imperio me han arrebatado á un joven á quien amaba mas que si hubiese sido mi hijo.

—Todo es cierto; pero su sangre será el cauterio de vuestras heridas?

—Yo soy nada, señora, pero la patria es mucho; ella necesita reparación, y la hora ha llegado.

—Tu alma es noble y generosa, en tus manos está la salvación del archiduque.

—Señora, yo no he traicionado nunca, me ofendan esas palabras; es necesario que el emperador expie sus crímenes o su fatalismo en un cadalso!

Levantose airada la princesa Salm Salm, y poniendo su delicada mano sobre el hombro del guerrillero, y lanzándole una mirada terrible, le dijo con voz ahogada:

—Busca en tu conciencia una sombra, Pablo Martínez; tú no recuerdas á la patria, tú quieres ejercer la mas negra de las venganzas.

El guerrillero se estremeció.

—No es cierto que hay en tu alma un sentimiento impió, prosiguió la princesa sacudiendo el brazo de Pablo Martínez, que te obliga á ser terrible con el archiduque?

—No, no es cierto, murmuró aterrizado aquel hombre.

—Es falso tambien que hubo una noche en que pretendiste asesinar al emperador, y que el cielo te envió un rayo antes que consumar el crimen? —Es mentira también que al volver de tu vértigo prometiste vengarte, y que has seguido los pasos del príncipe hasta gozarte en su agonía?

—No, yo no sé vengarme.

—Tú ignoras que yo puedo lanzarte á la vergüenza y á la deshonra, y tú eres impotente para llegar hasta una muger.

—Nadie creerá esas palabras, porque todos están al alcance de las pretensiones de la señora Salm Salm.

—Y si yo presento á tu hermana, que bajo un disfraz ha seguido al archiduque, porque sus relaciones han seguido á pesar tuyo, y se encuentra en el campamento?

El guerrillero sacó su pañuelo para pasarlo por su frente, que estaba inundado de sudor.

Al sacar el pañuelo, cayó de su bolsa un papel cuidadosamente cerrado.

Entonces la princesa, con una acción rápida como el pensamiento, fingió una escena cómica arrojándose á los pies del guerrillero, tomó el papel y lo puso entre el pañuelo, lo desdobló y leyó violentamente: "Contraseña para la noche del 18 al 19 de Junio.—Alerta!"

—Perdonadme, Pablo Martínez, gritó casi sin contener su alegría.

—Señora, por compasion, diga usted que no es verdad lo que ha dicho.

—No, no es verdad; supe por acaso las relaciones de vuestra hermana con el emperador, y quise obligarlos por ese medio á salvarle; compadeceos de una mujer á quien horroriza la idea de ver muerto á un noble príncipe á quien le debe el porvenir de su esposo.

—Señora, yo nada puedo hacer.

Echóse el velo á la cara la princesa; ya estaba en su mano la clave; era una esperanza de salvacion.

—Me queda el consuelo de haber cumplido con un deber sagrado; adios, ya no insisto, siga el emperador su destino.

La princesa salió, sin despedirse de Pablo Martínez y sin saludar á don Serafin, que instantáneamente se había enamorado de la princesa, y que se quedó petrificado al ver el frio desden con que la Salm Salm pasó junto á él sin inclinar siquiera la cabeza.

Llegó la princesa á su alojamiento, y se puso á escribir á Maximiliano.

—Señor, la contraseña para esta noche es *Alerta!* Disfrázaos como mejor os sea posible; decid la palabra á los centinelas, á corta distancia tendréis caballos de posta. Estais próximo á la libertad.—Yo estoy *Alerta!* adios.

—Drick! gritó despues llamando al oficial austriaco que acompañaba al emperador.

—Manda algo la señora princesa?

—Sí, enviad mis caballos á la esquina del convento de Capuchinas, haced que aposten otros en la garita de México, y esperadme en ese sitio; procurad que nadie se entere, pues va en ello la vida del emperador.

La princesa volvió á salir, tomó un coche y se dirigió á la fábrica del Hércules en busca de las Hermanas de la Caridad.